

LA INCLUSIÓN EN LA FP

Roberto García Montero (BI)

Cuando se habla de escuela inclusiva nos referimos casi siempre a las etapas infantil y obligatoria. Es lógico, ya que la escuela obligatoria debe atender adecuadamente a TODAS las personas de la población infantil. En estas etapas la administración plantea ayudas y apoyos educativos que buscan compensar situaciones de desigualdad. Pero ¿qué ocurre cuando termina la etapa de la educación obligatoria? Pues que estos apoyos desaparecen casi al completo. Se conservan en alguna medida en el nivel de bachillerato, pero son prácticamente inexistentes en la Formación Profesional.

Bien es verdad, que una escuela inclusiva no se construye únicamente con recursos y apoyos, sino que ha de sustentarse en una concepción del alumnado como un grupo de personas heterogéneo y diverso al que el equipo docente debe responder con capacidad de adaptación y flexibilidad, ofreciendo las mejores oportunidades de aprendizaje a todas y cada una de ellas.

La FP permite que las personas alcancen una cualificación profesional para lograr su inserción autónoma en una sociedad en la que el trabajo es una parte clave de una integración adecuada. Si se quiere una etapa de FP inclusiva la oferta en este nivel de enseñanza debe caracterizarse por:

- Proveer de una oferta amplia sustentada en recursos públicos que permitan el acceso a la FP de la población con menos recursos económicos.
- Permitir el acceso a becas para que el alumnado con necesidades específicas tenga los recursos necesarios para su formación.
- Facilitar la continuidad en niveles superiores a quienes hayan alcanzado resultados adecuados en etapas inferiores y a personas que hayan construido su perfil competencial profesional utilizando también la experiencia y la práctica profesional.
- Fomentar la formación del profesorado de ese nivel en atención a la diversidad y en dificultades de aprendizaje.
- Dotar de las medidas necesarias de accesibilidad (física, sensorial, cognitiva, digital) a los entornos educativos de esta etapa.
- Dotar a los centros de FP de un servicio de orientación desde una perspectiva integral.
- Contar con un currículum competencial y flexible, que permita adaptar la formación a las características y situaciones diversas de cada persona.
- Fomentar la flexibilidad en la organización de los

agrupamientos en los centros que permitieran compartir enseñanzas entre estudiantes, incluso de etapas formativas diferentes. Esta medida favorecería la co-docencia, con los beneficios que de esta práctica pudieran derivarse en el tratamiento y la atención a cierto tipo de alumnado con mayores dificultades.

- Apostar por metodologías activas e interdisciplinares, apoyándolo con formación del profesorado, materiales y ejemplos de buenas prácticas.
- Profundizar en la práctica real de la evaluación continua, colegiada y centrada en las competencias.

En un momento coyuntural en el que el Sistema de FP en España se está rediseñando y reestructurando, no debe perderse la oportunidad de construir una etapa que tenga una mirada más inclusiva y acogedora. Una FP que se constituya en un instrumento de accesibilidad y mayor cohesión social para todas aquellas personas que, a través de ella, puedan encontrar un encaje en la sociedad en la que vivimos.

De Roma a Gerena con don Milani

Miriam Patacchiola (SE)

Cuando en el año 2004 realizaba mis prácticas de Psicología para la Universidad de La Sapienza, durante las horas muertas, solía pasar mi tiempo en el asentamiento ilegal de la antigua SNIA, (fábrica de viscosa), de Roma. Me limitaba a jugar con las niñas y niños gitanos que debían estar en la escuela. Leía con ellos y hablábamos de esa otra realidad desconocida y lejana a su experiencia, la de los niños “normales”.

Yo había crecido en el sencillo y multiétnico barrio de Esquilino, en contacto con costumbres y tradiciones procedentes de muy diversas partes del mundo. Fue una etapa, sin duda, de un gran enriquecimiento personal al conocer a gentes que llegan de otro país, con mucha esperanza, con desesperación, sin saber expresarse siquiera para poder ir al baño. Ese “no saber expresarse” al que tanta importancia otorgaba el maestro de Barbiana.

Como voluntaria de la “Fondazione Don Lorenzo Milani” comencé a ayudar al maestro que iba allí “a hacer escuela”. Permanecí casi dos años. Después de todo, él hacía lo mismo que yo en mi barrio, él con los gitanos y, yo, con los niños extranjeros. Y, ambos, sin recursos. De hecho, acabé dando mis clases en el almacén de una timba (casa de juegos), a invitación de unos de los jefecillos chinos que mandaban en